

III domingo de Pascua

- **Hch 2, 14. 22-33.** No era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio.
- **Sal 15. R.** Señor, me enseñarás el sendero de la vida.
- **1 Pe 1, 17-21.** Fuisteis liberados con una sangre preciosa, como la de un cordero sin mancha, Cristo.
- **Lc 24, 13-35.** Lo reconocieron al partir el pan.

1. ¿Qué dice la Palabra?

Dos de los discípulos, aprovechando que había pasado el sábado solemne y que podían ya huir de Jerusalén, se iban, y los hacían “discutiendo acaloradamente”. Jesús, como era costumbre en los caminos de unirse a otros que van en la misma dirección, se pone a caminar con ellos. Y Jesús sin que lo reconozcan, lanza una pregunta, que provoca que los discípulos “se detuvieron tristes”, con el rostro afligido. Ellos no pueden seguir caminando, porque el efecto de la pregunta, los trastorna. Entonces uno de los dos discípulos al que Lucas menciona con el nombre de Cleofás, se dirige a Jesús y le dice: “¿eres tú el único forastero en Jerusalén estos días que no sabe lo que ha pasado?” Pero Jesús que todo lo sabe, todo lo comprende y quiere lo mejor para todos vuelve a preguntar: «¿Qué ha pasado?»

Nadie mejor que Él que fue el protagonista de todo sabe lo que ha sucedido. Pero Jesús suscita una pregunta para que salga del corazón de ellos la verdadera respuesta. Lucas con fina ironía, pondrá en boca de Cleofás algo muy interesante: el Kerygma, pero a medias.

«Kerygma», es una palabra griega que significa “Anuncio Gozoso”. Y en los escritos del Nuevo Testamento aparece siempre con estos elementos: Anuncio de Jesús, —profeta poderoso en obras y palabras—, traicionado por los suyos —pasión y muerte—; frutos de su Pascua —Él sería el libertador de Israel— y anuncio de la resurrección —aquí es donde Cleofás se queda a medias: «algunas mujeres llegaron diciendo que estaba vivo». Estos discípulos que anuncian el kerygma lo hacen tristes, no tienen alegría, porque en el fondo no creen en que ha resucitado. Por eso, en vez de alegría produce tristeza.

Pero Jesús el Cristo, el viviente para siempre, les responde en tres tiempos:

- **Primero:** con la fuerte advertencia que se están equivocando. Es necesario sacudir a las personas y volverlas a la realidad que sus ojos cegados le impiden ver —duros de corazón, lentos de entendimiento, tardos para creer—.
- **Segundo:** con el anuncio bíblico de la historia de la salvación: leer la Biblia con ojos nuevos para entender el nuevo sentido.
- **Tercero:** El cambio de actitud que solicita, porque al proclamar el designio del corazón, Jesús “calienta el corazón” desde el interior.

El texto prosigue, con estos amigos que al anochecer, deciden invitar al forastero a que se quede con ellos. Le dan el privilegio de dar gracias por el pan y es allí donde lo reconocen pero Jesús desaparece. Aun cuando tenían miedo y estaban huyendo, regresan esa noche en medio de los peligros a Jerusalén y se encuentran con la comunidad reunida. Hay alegría plena en el corazón de Todos. Ahí sí se da el «buen Kerygma»: se abren los ojos, arde el corazón en el pecho, nace la disposición para ir corriendo a anunciar a los otros y hay un encuentro con la comunidad creyente.

2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

- Cuando Jesús se aparece en el camino de nuestra vida, ¿soy capaz de reconocerlo? ¿Hasta dónde me cuesta creer que Jesús está vivo, resucitado y me acompaña?
- Cuando anuncio a Jesús ¿es con alegría que traspasa, o mi anuncio de Jesús es con un sentido moral? ¿Es un Jesús que en vez de alegría produce miedo, o tristeza?
- Cuando leo y medito las Sagradas Escrituras, ¿mi corazón arde de alegría y amor?
- ¿Me doy cuenta que para encontrarme con Jesús, el mejor método es conocer las Sagradas Escrituras?
- Los discípulos lo reconocieron al partir el Pan, ¿mi vida de participación en la Eucaristía es constante?

3. ¿Qué le decimos a Dios?

Gracias Señor por tu Palabra Salvadora. Confiamos que Tú estás con nosotros en el camino de la vida y en nuestra historia. Que sepamos reconocerte Señor. Perdona cuando nos cegamos y no creemos en Ti ni en tu Palabra ni en tus promesas. Ven con nosotros Señor Acompáñanos. Ven en el camino de la vida, para que te llevemos con gozo Queremos sentir nuestro corazón arder. Explícanos las Escrituras. Que tu Resurrección nos llene de gozo y sepamos vencer todas las adversidades. Que el cansancio y el desánimo de la vida queden fuera. Que no nos quedemos aislados contigo, porque Tú, nos quieres en la Iglesia formando comunidad. Que amemos a tu Iglesia, Señor, que anunciemos tu verdad, tu misericordia y tu amor. Que seamos discípulos y misioneros.

4. La voz del Papa

Regina Coeli 26/04/2020

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de hoy, ambientado en el día de Pascua, cuenta el episodio de los dos discípulos de Emaús (cf. Lucas 24, 13-35). Es una historia que comienza y finaliza en camino. De hecho, narra el viaje de ida de los discípulos que, tristes por el epílogo de la historia de Jesús, abandonan Jerusalén y regresan a casa, a Emaús, caminando alrededor de once kilómetros. Es un viaje que tiene lugar durante el día, con gran parte del viaje cuesta abajo. Luego tiene lugar el viaje de regreso: otros once kilómetros, pero recorridos al caer la noche, con parte del viaje cuesta arriba después de la fatiga del viaje de ida y todo el día. Dos viajes: uno fácil durante el día y el otro agotador por la noche. Sin embargo, el

primero tiene lugar en la tristeza, el segundo en la alegría. En el primero está el Señor caminando a su lado, pero no lo reconocen; en el segundo ya no lo ven, pero lo sienten cerca de ellos. En el primero están desanimados y desesperanzados; en el segundo corren para llevar a los demás la buena noticia del encuentro con Jesús Resucitado.

Los dos diferentes caminos de aquellos primeros discípulos nos dicen, a los discípulos de Jesús de hoy, que en la vida tenemos ante nosotros dos direcciones opuestas: hay un camino de los que, como aquellos dos del principio, se dejan paralizar por las desilusiones de la vida y siguen tristemente; y hay un camino de los que no se ponen a sí mismos y sus problemas en primer lugar, sino a Jesús que nos visita, y a los hermanos que esperan que nos ocupemos de ellos. Este es el punto de inflexión: dejar de orbitar alrededor de uno mismo, de las decepciones del pasado, de los ideales no realizados, de las muchas cosas malas que han sucedido en la vida de uno. Tantas veces nos dejamos llevar por ese dar vueltas y vueltas... Déjalo y sigue adelante con la mirada puesta en la realidad más grande y verdadera de la vida: Jesús está vivo, Jesús me ama. Esta es la mayor realidad. Y puedo hacer algo por los demás. ¡Es una hermosa realidad, positiva, solar, bella! La inversión de marcha es ésta: pasar de los pensamientos en torno a mí mismo a la realidad de mi Dios; pasar —con otro juego de palabras— del “sí” al “sí”. Del “sí” al “sí”. ¿Qué significa eso? “Si Él nos hubiera liberado, si Dios me hubiera escuchado, si la vida hubiera sido como yo quería, si tuviera esto y aquello...”, en tono de queja. Este “sí” no ayuda, no es fecundo, no nos ayuda ni a nosotros ni a los demás. Aquí están nuestros “sí”, similares a los de los dos discípulos... Pero pasan al sí: “sí, el Señor está vivo, camina con nosotros. Sí, ahora, y no mañana, nos ponemos en marcha de nuevo para anunciarlo”. “Sí, puedo hacer esto para que la gente sea más feliz, para que la gente sea mejor, para ayudar a tanta gente. Sí, sí, puedo”. Del si al sí, de las quejas a la alegría y a la paz, porque cuando nos quejamos, no estamos en la alegría; estamos grises, grises, ese aire gris de tristeza. Y eso ni siquiera nos ayuda a crecer bien. De si a sí, de la queja a la alegría del servicio.

Este cambio de paso, de yo a Dios, del si al sí, ¿cómo ocurrió en los discípulos? Encontrándose con Jesús: los dos de Emaús primero le abren su corazón; luego le escuchan explicar las Escrituras; luego le invitan a su casa. Son tres pasos que también nosotros podemos dar en nuestras casas: primero, abrir el corazón a Jesús, confiándole las cargas, las dificultades, las desilusiones de la vida, confiándole los “sí”; y luego, segundo paso, escuchar a Jesús, tomar el Evangelio en mano, leyendo hoy mismo este pasaje, en el capítulo veinticuatro del Evangelio de Lucas; tercero, rezar a Jesús, con las mismas palabras de aquellos discípulos: “Señor, «quédate con nosotros». (v. 29). Señor, quédate conmigo. Señor, quédate con todos nosotros, porque te necesitamos para encontrar el camino. Y sin ti es de noche”.

Queridos hermanos y hermanas, en la vida siempre estamos en camino. Y nos convertimos en aquello hacia lo que vamos. Escojamos el camino de Dios, no el camino del ego; el camino del sí, no el camino del si. Descubriremos que no hay ningún imprevisto, no hay cuesta arriba, no hay ninguna noche que no se pueda afrontar con Jesús. Que Nuestra Señora, Madre del Camino, que al aceptar la Palabra hizo de toda su vida un “sí” a Dios, nos muestre el camino.